



Jesús Martínez Malo

École lacanienne de psychanalyse (Francia)

jmartmalo@gmail.com

Recibido: 10 de octubre de 2021

Aceptado: 16 de febrero de 2022



Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons BY-NC-SA 4.0

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.6772650>

Sección: *Dossier*

Breves notas sobre el dispositivo analítico en tiempos de la pandemia

Resumen

Se plantean los elementos centrales que hacen posible el psicoanálisis, ya sea presencialmente o en forma virtual. Se destaca la diferencia entre encuadre y dispositivo y cómo, a partir de este último es que se posibilita un psicoanálisis.

Palabras clave: Pandemia, Aislamiento, COVID -19, Encuadre, Dispositivo, Transferencia, Analizante, Analista.

Brief notes on the Analytical Device in times of the pandemic

Abstract

This study establishes the central elements that make it possible to carry out a psychoanalysis, either in person or online. The difference between framing and device, and how a psychoanalysis becomes possible from the latter, is highlighted.

Keywords: *Pandemic, Isolation, COVID -19, Framing, Device, Transfer, Analyzer, Analyst.*

Introducción

Hace ya dos meses y medio que no uso camisa, me bastan un par de camisetas;

Hace ya dos meses y medio que no uso pantalón, me las he arreglado con un par de bermudas;

Hace dos meses y medio que no uso calcetines, sólo cuando me subo a la caminadora;

Hace dos meses y medio que no uso zapatos, sólo chanclas, pues siempre he dicho que la vida es mejor en chanclas;

Hace dos meses y medio que no salgo de mi casa, sólo para ir a comprar comida y otros menesteres indispensables;

Hace dos meses y medio que no doy la mano, un abrazo y mucho menos un beso, me he tenido que conformar con un ¿cómo estás? por el teléfono, pues no soporto los mensajes;

Hace dos meses y medio ¿qué?, ¿qué más?, ¿Qué cosas dejé pendientes hace dos meses y medio?

Ya me parece tan lejano lo que quería hace tanto, tantísimo tiempo, hace dos meses y medio, no, aguarda, ya son tres, ¿o todavía no?, o ¿más?...

Esto lo escribí un día de mayo de 2020, cuando apenas hacía dos meses y medio que la Organización Mundial de la Salud había declarado la enfermedad causada por el SARS-CoV-2 como causa de una pandemia mundial. En ese entonces aún no sabíamos —ni todavía sabemos, ni siquiera los infectólogos, epidemiólogos, mucho menos los legos— cuánto iba a durar este estado de cosas ni cómo nos llegaría a afectar. No pienso solamente en los fríos y terroríficos números de la estadística médica (cuántos nuevos casos se detectan cada día, cuántos de ellos ameritan hospitalización, cuántos se encuentran en cuidados intensivos y cuántas muertes provoca esta terrible plaga diariamente dentro y fuera de los hospitales); tampoco me enfoco en cómo se han mermado las economías

mundiales (cierre de fábricas y comercios con el consecuente aumento del desempleo, el hambre y la pobreza, etcétera). Me refiero a las nuevas condiciones subjetivas que la pandemia trajo y cómo el confinamiento obligado (pero necesario) durante meses enteros ha trastocado las prácticas sociales, entre ellas el ejercicio del psicoanálisis.

Mis breves notas parten con una serie de preguntas que quedarán, en su mayoría y por ahora, sin respuesta. Me centraré después en las cuestiones relacionadas con *La práctica psicoanalítica en nuestros días*: ¿es posible la práctica analítica bajo estas nuevas condiciones de aislamiento de los últimos casi veinte meses?, ¿qué modificaciones hemos introducido en nuestra práctica?, ¿estos cambios la trastornan, modifican, la anulan o crean variantes? y ¿qué efectos tienen estas en el analizante, así como en el analista?

Preludio: The answers are blowin' in the wind...

¿Qué decir del psicoanálisis en tiempos de COVID-19, la epidemia, las curvas, aplanamientos, picos, ventiladores y neumonías?; ¿Qué decir de los contagiados, de los asintomáticos, de los enfermos graves y los más que graves, de los cientos de miles de muertos y de las saturadas salas de terapia intensiva, del uso de los cubrebocas y caretas, del aislamiento, las cuarentenas, la sana distancia y el encierro, del "quédate en casa"?

¿Qué decir de las debacles de las economías, de los cierres de fábricas, de las pérdidas de trabajo, de las reducciones de salarios, de las calles vacías, de los que no tienen casa en la cual refugiarse, del "lávate las manos treinta veces al día" y de los que no se las pueden lavar ni siquiera una sola vez porque carecen del preciado líquido?; ¿Qué decir de quienes desafiando a la huesuda calaca se ufanan de que a ellos nada les pasará?; ¿Qué decir de los que se aprovechan para encarecer alimentos e insumos médicos, de los que creen que esto de la pandemia es

un invento de los gobiernos, que este desdichado virus no existe y hacen fiestas y convocan gente a que vaya, llamando a sus reuniones con el festivo y lúgubre nombre de *Coronafest*?; ¿Qué decir de los que se encierran sin ver a nadie ni salir en lo absoluto y creen que es el fin de la raza del animal humano, que irremediamente todos nos contagiaremos y habremos de morir?

Para la medicina, la infectología, la neumología, la patología, la microbiología, la virología, la genética, la epidemiología, la salud pública, la sociología, la economía, la estadística, la biotecnología, la política e incluso para la biopolítica, estas preguntas y muchas más de su estricta competencia no tienen aún ninguna respuesta. ¿Qué de todo esto interroga e interpela al psicoanálisis, además de lo estrictamente subjetivo de cada uno, enfermo o no de COVID? ¿El psicoanálisis tiene algo que decir de todo esto?, ¿qué?, ¿es acaso de su incumbencia? ¿Por qué el psicoanálisis tendría que plantearse como otro saber al lado de los mencionados en el párrafo anterior?

¿El psicoanálisis en tiempos de COVID tiene que ser diferente?; ¿Se mantiene igual el interior del recinto sacrosanto, aséptico y hermético de su práctica?; ¿La COVID ha producido cambios o tenido ya efectos en la subjetividad que harían que el analista pudiera cuestionar su práctica y llegara incluso a modificarla?; ¿por qué habría de hacerlo y cómo?; ¿el coronavirus ha incidido en esa enigmática psique cuyas sílabas se anteponen como prefijo al significante análisis?, ¿cómo ha sido o es esa incidencia?; ¿la práctica analítica se ha podido sostener en una situación así?, ¿cómo?; si algo ha cambiado, ¿qué es el dispositivo o esa cosa extraña que algunos llaman el encuadre?, ¿cómo? Pero si hay algo que no debe tener ningún encuadre para poder ser, es el análisis mismo: encuadrarlo es dictar su sentencia de muerte.

Primer punto: del encuadre y el dispositivo

Encuadrar algo es limitarlo a un espacio cerrado, encajarlo, ajustarlo, determinar sus fronteras o distribuirlo de acuerdo con lineamientos predeterminados. Aunque el lugar de la práctica analítica está físicamente aislado del espacio abierto de la calle¹ por cuatro muros, en otro sentido no es, puede ni debe ser cerrado, pero ¿cerrado a qué? El análisis, por el contrario, se practica en un espacio abierto a toda contingencia. Nada garantiza que alguien —cualquiera— que formula una demanda de análisis en la frase pretendidamente clara, concreta y concisa, “vengo porque me quiero psicoanalizar”, logre escucharse a sí mismo. Habrá quienes, bajo ese enunciado, tengan una expectativa diferente, y a otros esa frase les posibilitará hablar y balizar el camino por el que circulará su demanda.

Esto invita a la pregunta de qué es y cómo se juega la demanda de análisis y, aunque ese no es el objetivo de este texto, tiene todo que ver con las condiciones que posibilitan o impiden el psicoanálisis. No profundizaremos, pues, en el amplio tema de la demanda; bástenos señalar su relación con aquello que se encuentra ligado a ella: el amor por un lado y el deseo por el otro.

El *encuadre*, sobre todo el predicado por ciertas líneas o corrientes, exige entrevistas iniciales para que el psicoanalista “valore la analizabilidad” de alguien e incluye lo que se denominó *criterios de analizabilidad*. Hasta hace no mucho tiempo, se consideraba que quienes eran diagnosticados perversos no eran analizables; tampoco se permitía ingresar a los institutos de formación a los postulantes homosexuales, ya fueran “diagnosticados” o que ellos mismos lo hubieran “confesado” en las entrevistas a las que los sometían para ponderar su candidatura al título de psicoanalistas tras cumplir con las horas necesarias de análisis y supervisión con el psicoanalista didáctico

¹ Esto último puede ser relativo: recuérdense la experiencia de Freud analizando a su hija Anna mientras paseaban por la campiña austriaca; el análisis a Herbert Graf, estando Herr Professor en Bergasse 19 y el Pequeño Hans en su casa, mientras Max Graf servía como portavoz entre ellos, y numerosos casos en instituciones no asilares como La Borde en Francia, o de instituciones psiquiátricas que permiten a algún aventurero psicoanalista visitar a los sujetos internados.

asignado, así como con su programa curricular. Todo esto, entre otras cosas, es *encuadrar*.

La duración fija y arbitraria de las sesiones es otro elemento que cierra el marco herméticamente, al igual que la impoluta —por no decir acartonada— manera de proceder del psicoanalista frente a “su paciente”². Ninguno de estos rituales sirve más que para estandarizar cuán tremendamente perturbadores y cuestionadores pueden resultar los encuentros en el consultorio (que yo prefiero nombrar *espacio analítico*) para quien pretende ejercer la función de analista.

El colmo del anhelo de asepsia y el cuidado de una distancia que mantendría la supuesta neutralidad del analista fue un individuo cuyo nombre no recuerdo (agradecería que me fuera informado si es que alguien lo sabe), miembro de aquella *International Psychoanalytic Association* (IPA) de mediados del siglo pasado, que vestía religiosamente igual cada vez que recibía a sus pacientes —trajes, camisas y corbatas idénticos, tanto en su color negro como en estilo— para conservar impoluta, como un estéril quirófano, su imagen rígida de estatua más o menos parlante³.

¿Qué es entonces lo que considero la contraparte del *encuadre*, es decir, el *dispositivo analítico*? Es aquello que pone en marcha los tópicos que posibilitan el psicoanálisis, en otras palabras, todo lo que habilite al sujeto para escuchar su propio decir al tiempo que otro lo escucha también. El encuentro del analizante y el analista es resultado de la demanda del primero de ser escuchado por el segundo; esto instaura

las posiciones de ambos y le permitirá a aquél escucharse a sí mismo. No obstante, esta demanda ha de ser recibida en su más estricta singularidad —sin encuadre de ningún tipo— para que pueda suscitarse aquello que, desde Freud hasta nuestros días, es la condición sin la cual es imposible efectuar el análisis: la transferencia (y el amor que conlleva). La clínica psicoanalítica va necesariamente de lo particular a lo particular y no de lo universal a lo particular. Lo último sería el caso de quienes recelan de los herméticos encuadres de su práctica y están en perpetua búsqueda del sentido perdido.

Para el vienés, la transferencia surge de la repetición; no obstante, Jean Allouch, en su *L’amour Lacan* (2009), afirma que se trata de una *varité* más de entre todas aquellas figuras del amor que han aparecido en la historia del *serhablante* (el amor a Dios, el amor fraterno, el amor pasión, el amor puro, el amor loco, el amor cortés, el amor filial, el amor al próximo, el amor místico, el amor extático, el amor romántico, etcétera). Este “amor Lacan”⁵ se da en y por el movimiento del análisis entero, desde la instauración de la transferencia, hasta la deposición del analista como tal, que es, además, lo que posibilita arribar al final de un análisis⁶; se sostiene en el *Sujeto supuesto Saber* (SsS), es decir, el papel que el analizante confiere al analista: aquel atribuye a este un saber supuesto. Esto contraviene a los encuadres más “clásicos”, en los que el psicoanalista presume de un saber que no posee, como el *maître*⁷ absoluto de la situación psicoanalítica⁸.

² Palabras entrecuadradas intencionalmente, pues existen quienes sienten y hasta piensan que, por el hecho de que alguien les formule una demanda, será su paciente y no un analizante más, que ni es de él y tampoco habría que encuadrarlo como “paciente”. Este significante hereda la connotación del campo de la medicina y de la patología; sin embargo, demasiados analistas todavía se lo adjudican, cual título nobiliario, a quien previamente hayan “diagnosticado”.

³ Haber escrito “estéril quirófano” no fue mero azar; la persecución obsesiva de este encuadre convierte la práctica de estos inflexibles personajes en una labor cuasi quirúrgica; hacen incisiones cual cirujanos que, enguantados, entran a las profundidades del cuerpo, en nuestro caso a las “oscuras profundidades de la psique y el inconsciente” y extirpan los cuerpos extraños que encuentran. Para más de uno de estos “encuadradores”, el objeto de su búsqueda se torna en feroz perseguidor.

⁴ *Variété*, neologismo utilizado por Lacan en la sesión del 19 de abril de 1977 del seminario *L’insu que sait de l’une bévue s’aile a mourre*, formado por la condensación de *vérité* (verdad) y *variété* (variedad). En nuestra lengua se ha traducido como “variedad”. Este neologismo fue retomado por Allouch para hablar de las diferentes *varités* del amor.

⁵ Nótese que no escribimos amor a Lacan, amor por Lacan, amor de Lacan, amor desde Lacan, amor hacia Lacan, amor para Lacan, ni nada parecido.

⁶ Posición en la que se afirma la existencia de un final del análisis, a diferencia de la posición freudiana sobre la interminabilidad o infinitud —de acuerdo a las traducciones canónicas a nuestra lengua— del psicoanálisis, pues siempre quedaría, según él, algo por ser analizado. Recuérdese la analogía con el micelio de un hongo, presente en su “Análisis terminable e interminable” (Freud, 1937/1980.)

⁷ Utilizo deliberadamente el término *maître* en francés por la polisemia de amo, así como maestro; nosotros tendríamos que elegir entre uno de los dos términos o usar ambos.

⁸ Recuérdense los discursos del amo y su opuesto, el discurso analítico.

Freud estableció la regla fundamental: decir todo lo que se venga a la mente, una especie de pensar en voz alta. No obstante, Lacan corrigió la consigna: no se trata de decir todo lo que se piensa sino de *decir no importa qué*; decir sin pensar para derrumbar el imperio de la razón del *cogito* cartesiano, aquel que lanza a los cuatro vientos “soy allí donde pienso o en tanto pienso”.

Esta regla tiene su contraparte en el concepto freudiano de la *atención flotante* del analista, el cual consiste en no poner especial atención en ciertas palabras o fragmentos del relato ni estar pendiente de algún sentido emergido de las “oscuras profundidades del inconsciente”. Lacan, a su vez, plantea que el analista debe estar allí y ocupar su lugar sin pensar como condición para poder escuchar aquello que aparece en los enunciados, no sólo en las palabras sino en el juego de las mismas letras. Este no pensar del analista es la contraparte al *decir no importa qué* del analizante.

Lacan discrepa con Freud respecto a la *interminabilidad* de un psicoanálisis y plantea el concepto de *destitución subjetiva* del analista: en resumen, removerlo de la posición de SsS que ocupó a lo largo del análisis. La destitución de ese saber supuesto al sujeto (aquí ya con minúsculas) produce su caída y lo convierte en un deshecho, algo que ya no es ni está. Eso es el final de un análisis.

Segundo punto: la presencia y lo virtual. Cuerpo, mirada y voz

Es necesario determinar si este dispositivo puede sostenerse en la virtualidad impuesta por la pandemia y si sufre cambios debido la consecuente imposibilidad de efectuar el análisis en el consultorio, al que prefiero nombrar “espacio de análisis”. Hasta antes de la pandemia mi posición era de un rotundo rechazo a la

idea de llevar a cabo un análisis por medio del teléfono o la pantalla de una computadora. Sin embargo, si un analizante cambia de ciudad, ¿tendrá que desplazarse a menudo para continuar su análisis? o si es el analista quien se ve en la necesidad de mudarse, ¿interrumpirá los análisis a su cargo? He conocido y vivido situaciones en que los analizantes emigrados viajaban con frecuencia para continuar con sus análisis. También he sabido de analistas que se trasladaban a otra ciudad y en el transcurso de varios días seguidos recibían presencialmente a quienes se lo solicitaban. Yo mismo he aceptado demandas de análisis de gente que vivía en otras ciudades —algunas cercanas y otras en los extremos del país— y que viajaba cada tanto para acudir a sus sesiones. Hay quienes han cruzado océanos para analizarse en otro continente.

Desde marzo de 2020 hubo un confinamiento obligado por la realidad de un posible contagio por salir a la calle, tomar el transporte público o encontrarse en un lugar cerrado —como el espacio de análisis. Se instauró la llamada “sana distancia”, el uso de cubrebocas o mascarillas en espacios públicos, así como el lavado y desinfección constante de manos; hubo también quienes se bañaban y cambiaban de ropa cada vez que volvían a sus casas. Algunos países limitaron las salidas a situaciones de emergencia y a la compra de alimentos y medicinas. En fin, todos hemos vivido en mayor o menor medida estas circunstancias. Mis colegas y yo mismo —cada uno bajo sus propios argumentos y en diferentes momentos de la singularidad de los análisis— recurrimos a alguna de las alternativas para no interrumpir los análisis durante ya un año y medio. Cada quién eligió una solución, aunque algunos nunca dejaron de recibir a sus analizantes en sus espacios usuales, pero con medidas preventivas.

Lacan habló de la clínica psicoanalítica; el 5 de enero de 1977 dijo en Vincennes: “[...] es por eso que la clínica psicoanalítica consiste en reinterrogar todo lo que Freud dijo [...] No es complicado, la clínica tiene una base: *es lo que se dice en un psicoanálisis*” (Lacan, 1977a). Esto último se relaciona con la presencia virtual en la clínica analítica durante la pandemia: lo que aparece en pantalla durante la transmisión de un evento en tiempo real es una presencia con voz, mirada y cuerpo, cuya imagen efímera vemos solo durante el tiempo en que el analizante ocupa el espacio analítico. Mientras dura la sesión, el analizante no mira al analista y éste sólo aprecia desde atrás fragmentos del cuerpo del analizante. Al contrario que con la presencia física, donde analizante y analista aparecen corporeizados, tanto la voz como la mirada y el cuerpo son captados por una cámara, viajan por el ciberespacio a través de complejos circuitos y se despliegan en la computadora del destinatario en tiempo real. Y si bien esto es cierto para las plataformas sofisticadas como *Zoom*, *Facebook Live* y *Skype*, algunos sólo usamos el teléfono, es decir, la presencia de la voz sin la mirada ni el cuerpo visible; ambas opciones plantean diferencias y problemas, pero comparten la presencia de la voz y, al menos para mí, eso es lo fundamental.

La voz funge de vehículo para todo discurso, enunciación y enunciado, la sonoridad del significante, la palabra y la letra, así como la diferencia entre el dicho y el decir. Se sirve de modulaciones, pausas, inhalaciones y exhalaciones, tonos, timbres y tesituras, ritmos, musicalidad y escansiones respiratorias, volúmenes y cambios, prisas y calmas, intensidades, armonías y desarmonías, resonancias y timbres, quejidos, puntos suspensivos, su prisa y suspiros, letras, palabras, frases, lapsus y... ¡silencios! Y, en medio de todo esto, nadando en las tempestades y calmas chichas⁹ de este mar de elementos, surge el decir detrás

de lo dicho o lo que se dice en lo que se escucha¹⁰. ¿Acaso no están presentes estos elementos en el decir que se atisba detrás de lo dicho —o lo que se dice— por el analizante, tanto en la práctica donde ambos cuerpos están presentes como a través del teléfono o las bocinas de la computadora que virtualizan esos cuerpos, las miradas y la voz? La capacidad de escuchar ese decir detrás de lo dicho es lo que habilita y sostiene al dispositivo analítico, siempre y cuando se respete la transferencia en sus movimientos, detenciones, oscilaciones y repeticiones. Esto sólo es posible por la “recepción” de quien está para escuchar sin ir en búsqueda de “un sentido perdido” que hay que visibilizar; mientras el analista pueda ocuparse de escuchar sin pensar —como lo propone Lacan— el análisis podrá continuar no obstante cualquier distancia física.

Antes expresé mi rechazo a la práctica del análisis por los medios electrónicos, pero la pandemia se impuso con las consecuencias que todos hemos padecido. Nos ha arrastrado a situaciones inauditas: la enfermedad misma, sus complicaciones, las incontables muertes, las tragedias que vimos y vivimos, el miedo al contagio, los conocidos que enfermaban y morían, los que lograban sobrevivir con dificultad, el aislamiento y confinamiento, la falta de contacto con los seres queridos, la interrupción del trabajo, las calles vacías, compras ridículas de pánico (¿recuerdan las compras de pánico de papel higiénico?); nos acostumbramos a no saludar de mano y mucho menos de abrazo y beso, dejar de ver a la familia y amigos, suspender el trabajo. Las noticias corrían de boca en boca: “fulano se contagió; zutano estaba bien y dos horas después de que le empezaron los síntomas murió; los hospitales están llenos; las salas de terapia intensiva, no se diga; no hay ventiladores; se acabaron los cubrebocas”.

¿Qué hacer frente a este alud de calamidades? ¿Cómo sobrevivir, no sólo a la COVID, sino a todo lo que

⁹ Dícese del mar cuando el aire está en completa calma y quietud, antes o después de la tormenta.

¹⁰ Paráfrasis de lo dicho por Lacan en tres ocasiones en las que marca una diferencia, al mismo tiempo que la relación entre el decir y lo dicho (o lo que se diga). Las citas son: “Que se diga, como hecho, permanece olvidado detrás de lo que es dicho, en lo que se escucha” (Lacan, 1972a); “Que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha” (Lacan, 1972b); y “El decir es, justamente, lo que queda olvidado detrás de lo que es dicho en lo que se escucha” (Lacan, 1972c)

arrastra a su paso, incluyendo las dificultades para continuar los análisis en curso? ¿Interrumpir los análisis hasta que vengan “mejores tiempos”? y ¿Cuándo será eso? Ingenuamente pensábamos que sería cosa de unos cuantos meses —tres o máximo seis—; sin embargo, llevamos ya dieciocho meses y el vaivén de las “olas tsunamiescas” parece interminable.

El campo del análisis no podía ni puede generalizar el quehacer en este asunto en particular y de ninguno en general. ¿Qué decía cada analizante? Hubo quienes decidieron interrumpir y quienes no; de estos últimos, algunos tardaron más que otros en discutir la posibilidad de continuar con los cuerpos no presentes. Si enuncio esta última frase de esta manera es porque, como lo dije antes, al igual que en el espacio analítico, en la práctica virtual puede haber presencia del analista y su escucha en tanto haya presencia, del otro lado de la línea telefónica o de la pantalla de la computadora, del analizante con su decir, su demanda y la transferencia que opera en el *decir no importa qué* de uno y el *no pensar* del otro.

Durante este ya muy largo tiempo de la pandemia, he escuchado en mi práctica lo que para alguno se ha jugado sólo escuchando en ciertos momentos la voz del analista. Hay quienes se han vuelto a recostar en el diván y otros que aún no. He escuchado también a quien ha dicho la primera vez que volvió a recostarse en el diván: “Extrañaba esto, es mucho mejor así”. ¿Por qué tendría que ser mucho mejor así? Quien lo enunció dio cuenta de ello con su decir, que por supuesto me lo reservo.

El análisis y la práctica analítica van de lo particular a lo particular. No puede ser de otra manera, los universales son el ideal de quienes se esfuerzan por encontrar necesariamente sentido en todas partes —“la hemorragia del sentido”, diría Guy Le Gaufey (2003)— encuadrando todo en los férreos muros que constriñen el despliegue de la singularidad.

Para terminar estas breves notas, quiero decir

que considero posible que, en ciertas circunstancias, un análisis pueda continuar de esta manera, mientras que en otros casos no. La transferencia existe y lo permite, como cuando alguien se cambia de ciudad y eso no impide que el analizante se desplace.

Referencias bibliográficas

- Allouch, J. (2009). *L'amour Lacan*. Epel (existe una versión en nuestra lengua: El amor Lacan, El Cuenco de Plata, 2011).
- Freud, S. (1937/1980). *Análisis terminable e interminable*, en *Obras completas*, vol. XXIII. Amorrortu.
- Lacan, J. (1972a). *Seminario Ou pire...*, sesión del 21 de junio de 1972.
- Lacan, J. (1972b). *L'Étourdit*, sesión del 14 de julio de 1972.
- Lacan, J. (1972c). *Seminario Encore*, sesión del 19 de diciembre 1972.
- Lacan, J. (1977a). “Ouverture de la Section Clinique”, *Ornicar*, 9, abril 1977.
- Lacan, J. (1977b). *Seminario L'insu que sait de l'une bévue s'aile a mourre*, sesión del 19 de abril de 1977.
- Le Gaufey, G. (2003). La interpretación como hemorragia del sentido, en *Página Literal*, n° 1, Página Literal.
- Martínez Malo, J. (2019). *Lacan cortés. El fracaso cortés del amor*. Me cayó el veinte.